

JUAN PABLO II

**AUDIENCIA GENERAL**

*Miércoles 30 de junio de 1982*

**El matrimonio y la virginidad según la interpretación de San Pablo en la Carta a los Corintios**

1. San Pablo, explicando en el capítulo VII de su primera Carta a los Corintios la cuestión del matrimonio y la virginidad (es decir, la continencia por el reino de Dios), *trata de motivar* la causa por la que quien elige el matrimonio hace «bien» y quien decide, en cambio, una vida de continencia, o sea la virginidad, hace «mejor». Así escribe: «Digoos, pues, hermanos que el tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran...»; y también «los que compran, como si no poseyesen, y los que disfrutaban del mundo, como si no disfrutasen, *porque pasa la apariencia de este mundo*. Yo os querría libres de cuidados...» (1Cor 7, 29. 30-32).

2. Las últimas palabras del texto citado demuestran que en la argumentación Pablo *se refiere a su propia experiencia*, y de este modo la argumentación se hace más personal. No sólo formula el principio y trata de motivarlo en cuanto tal, sino que lo enlaza con reflexiones y convicciones personales nacidas de la práctica del consejo evangélico del celibato. Cada una de las expresiones y alocuciones son prueba de su fuerza de persuasión. El Apóstol no sólo escribe a sus Corintios: «Quisiera que todos los hombres fuesen como yo» (1Cor 7, 27), sino que va más adelante y, refiriéndose a los hombres que contraen matrimonio, escriben: «Pero tendréis así que esta sometidos a la tribulación de la carne, que quisiera yo ahorraros » (1Cor 7, 28). Por lo demás, esta convicción personal la había expresado ya en las primeras palabras del capítulo VII de dicha Carta, refiriendo, si bien para modificarla, esta opinión de los Corintios: «Comenzando a tratar de lo que me habéis escrito, bueno es al hombre no tocar mujer...» (1Cor 7, 1).

3. Nos podemos preguntar: *¿Qué «tribulaciones de la carne»* tenía Pablo en el pensamiento? Cristo hablaba sólo de los sufrimientos (o «aflicciones») que padece la mujer cuando ha de dar «a luz al hijo», subrayando a la vez la alegría (cf. Jn 16, 21) con que se regocija en compensación de estos sufrimientos, después del nacimiento del hijo: la alegría de la maternidad. En cambio, Pablo escribe sobre las «tribulaciones del cuerpo» que esperan a los casados. ¿Acaso será ésta la expresión de una aversión personal del Apóstol hacia el matrimonio? En esta observación realista hay que ver una advertencia justificada a quienes —como a veces los jóvenes— piensan que la unión y convivencia conyugal han de proporcionarles sólo felicidad y gozo. La experiencia de la vida demuestra que no rara vez los cónyuges quedan desilusionados respecto de lo que principalmente se esperaban. El gozo de la unión lleva consigo también las «tribulaciones de la carne», sobre las que escribe el Apóstol en la Carta a los Corintios. Con frecuencia son «tribulaciones» de naturaleza moral. Si él quiere decir con esto que el verdadero amor conyugal —aquel precisamente por el que «el hombre... se adherirá a su mujer y vendrán a ser los dos una sola carne» (Gén 2, 24)— *es al mismo tiempo un amor difícil*, ciertamente se mantiene dentro del terreno de la verdad evangélica y no

hay razón alguna para descubrir aquí síntomas de la actitud que caracterizaría más tarde al maniqueísmo.

4. Cristo, en sus palabras sobre la continencia por el reino de Dios, de ningún modo se propone encauzar a los oyentes hacia el celibato o la virginidad cuando les señala las «tribulaciones» del matrimonio. Más bien se advierte que procura poner de relieve algunos aspectos humanamente penosos de la opción por la continencia: tanto razones sociales como razones de naturaleza subjetiva inducen a Cristo a decir que se hace «eunuco» el hombre que toma tal decisión, es decir, el hombre que abraza voluntariamente la continencia. Pero precisamente gracias a esto resalta con suma claridad todo el significado subjetivo, la grandeza y excepcionalidad de una tal *decisión*: el significado de una respuesta madura a un don especial del Espíritu.

5. No entiende de otro modo el consejo de la continencia San Pablo en la Carta a los Corintios, pero lo expresa de modo diferente. Escribe así: «Dígoos, pues, hermanos, que el tiempo es corto...» (*1Cor 7, 29*), y un poco más adelante: «Pasa la apariencia de este mundo...» (*7, 31*). Esta constatación sobre la caducidad de la existencia humana y el carácter transitorio del mundo temporal y, en cierto sentido, del carácter accidental de cuanto ha sido creado, deben llevar a que «los que tienen mujer vivan como si no la tuvieren» (*1Cor 7, 29; cf. 7, 31*), y a preparar el terreno al mismo tiempo a la enseñanza sobre la continencia. Pues en el centro de su razonamiento pone Pablo la frase-clave que puede relacionarse con lo enunciado por Cristo, que es único en su género, sobre el tema de la continencia por el reino de Dios (*cf. Mt 19, 12*).

6. Mientras Cristo pone de relieve la magnitud de la renuncia inseparable de tal decisión, Pablo muestra sobre todo cómo hay que entender el «reino de Dios» en la vida de un hombre que ha renunciado al matrimonio por el reino. Y mientras el triple paralelismo de lo enunciado por Cristo alcanza su punto culminante en el verbo que indica la grandeza de la renuncia asumida voluntariamente («hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor del reino de los cielos», *Mt 19, 12*), Pablo define la situación con una sola palabra: «no casado» (*ágamos*); en cambio, más adelante incluye todo el contenido de la expresión «reino de los cielos» en una síntesis espléndida cuando dice: «El célibe se cuida de las cosas del Señor, de cómo agradecer al Señor» (*1Cor 7, 32*).

Cada palabra de este párrafo merece un análisis especial.

7. En el Evangelio de Lucas, discípulo de Pablo, el contexto del verbo «preocuparse de» o «buscar» indica que de verdad es menester buscar sólo el reino de Dios (*cf. Lc 12, 31*) lo que constituye la «parte mejor» el *unum necessarium* (*cf. Lc 10, 41*). Y el mismo Pablo habla directamente de su «preocupación por todas las Iglesias» (*2Cor 11, 28*), de la búsqueda de Cristo mediante la solicitud por los problemas de los hermanos, por los miembros del Cuerpo de Cristo (*cf. Flp 2, 20-21; 1Cor 12, 25*). De este contexto emerge todo el amplio campo de la «preocupación» a la que el hombre no casado puede dedicar enteramente su pensamiento, fatigas y corazón. Ya que el hombre puede «preocuparse» sólo de aquello que lleva en el corazón.

8. En la enunciación de Pablo, quien no está casado se preocupa de las cosas del Señor (*ta tou kyriou*). Con esta expresión concisa Pablo abarca la *realidad objetiva completa*

*del reino de Dios*. «Del Señor es la tierra y cuanto la llena», dirá él mismo un poco más adelante en esta Carta (*1Cor 10, 26*; cf. *Sal 23 [24], 1*).

¡El objeto del interés del cristiano es el mundo entero! Pero Pablo con el nombre «Señor» califica en primer lugar a Jesucristo (cf., por ejemplo, *Flp 2, 11*) y, por tanto, «cosas del Señor» quiere decir ante todo el reino de Cristo, su Cuerpo que es la Iglesia (cf. *Col 1, 18*) y cuanto contribuye al crecimiento de ésta. De todo ello se preocupa el hombre no casado y, por ello, siendo Pablo «Apóstol de Jesucristo» (*1Cor 1, 1*) y ministro del Evangelio (cf. *Col 1, 23*), escribe a los Corintios: «Quisiera yo que todos los hombres fueran como yo» (*1Cor 7, 7*).

9. Sin embargo, el celo apostólico y la actividad más eficaz, tampoco agotan el contenido de la motivación paulina de la continencia. Incluso podría decirse que su raíz y fuente se encuentran en la segunda parte del párrafo que muestra la realidad subjetiva del reino de Dios. «El que no está casado se preocupa... de agradar al Señor». Esta constatación abarca todo el campo de la relación personal del hombre con Dios. «Agradar a Dios» — esta expresión se encuentra en libros antiguos de la Biblia (cf., por ejemplo, *Dt 13, 19*) — es sinónimo de vida en gracia de Dios, y expresa la actitud de quien busca a Dios, o sea, de quien se comporta según su voluntad para serle agradable. En uno de los últimos libros de la Sagrada Escritura, esta expresión llega a ser una síntesis teológica de la santidad. San Juan sólo una vez la aplica a Cristo: «Yo hago siempre lo que es de su agrado (del Padre)» (*Jn 8, 29*). San Pablo hace notar en la Carta a los Romanos que Cristo «no buscó agradarse a Sí mismo» (*Rom 15, 3*).

En estas dos constataciones está encerrado todo el contenido de «agradar a Dios», entendido en el Nuevo Testamento como seguir las huellas de Cristo.

10. Podría parecer que se sobreponen las dos partes de la expresión paulina pues, en efecto, preocuparse de lo «que toca al Señor», de las «cosas del Señor», debe «agradar al Señor». Por otra parte, quien complace a Dios no puede encerrarse en sí mismo, sino abrirse al mundo, a cuanto hay que llevar de nuevo a Cristo. Evidentemente éstos son dos aspectos de la misma realidad de Dios y de su reino. Pero Pablo tenía que distinguirlos para hacer ver más clara la naturaleza y posibilidad de la continencia «por el reino de los cielos».

Habremos de volver de nuevo sobre el tema.

---

## Saludos

*Queridos hermanos y hermanas,*

Al comenzar estas palabras en español, saludo cordialmente a cada persona y grupo de dicha lengua. En particular a los jóvenes y estudiantes de los varios colegios y parroquias y a los Pueri Cantores de Basauri. A todos expreso mi sincera estima y afecto.

Continuamos nuestra reflexión sobre la virginidad y el matrimonio en la enseñanza de San Pablo. El, haciendo referencia a su experiencia personal, indica que querría que los

otros imitaran su ejemplo de virginidad. Sin embargo, consciente de que el estado normal del hombre es el matrimonio, advierte a los casados de que tendrán las tribulaciones de la carne, es decir, que en el amor verdadero y fiel no sólo hay felicidad y alegría, sino que las obligaciones morales que comporta, lo hacen difícil y exigente.

Como Cristo mismo, que invita a hacerse eunucos por el reino de los cielos, San Pablo alienta a pensar en la transitoriedad del mundo creado. Y entonces abre, en una estupenda síntesis, la hermosa panorámica de la continencia: “El célibe se cuida de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor”.

Lo cual equivale a decir que el célibe se preocupa del reino de Dios, de la Iglesia, del servicio a los hombres, de la elevación del mundo. Y ante todo se preocupa de agradar a Dios, de hacer su voluntad, de vivir una vida santa. Dos aspectos que forman parte de la misma realidad: el amor a Dios y a su reino.